

Cuba después de Fidel

JORGE DOMÍNGUEZ

El caos en el Irak post-Saddam ofrece una amarga lección: es mucho más fácil liberar a un país de un régimen despótico que vislumbrar quién o qué viene después. ¿Cuál grupo asumirá el poder cuando se vaya el «hombre fuerte»? ¿Quiénes estarán más dispuestos a promover la democracia y emprender reformas económicas? ¿Qué papel desempeñarán los exiliados en la reconstrucción de su sociedad?

UN FANTASMA recorre Cuba. Es el fantasma del pasado. La política de la violencia y la venganza marcó las transiciones de las dictaduras cubanas del siglo pasado. La violencia reinó en 1933, tras la caída del dictador Gerardo Machado. Después del derrocamiento de Fulgencio Batista en 1959, la violencia callejera dio paso a una serie de juicios sin «debido proceso», que condujo a abusos flagrantes de los derechos humanos.

La violencia alimenta la hipótesis dominante en la política cubana. Ese estilo es evidente tanto entre funcionarios de alto rango de La Habana como entre algunos líderes (elegidos y autonombrados) cubano-estadounidenses de Miami. En el histrionismo de la política cubana no hay adversarios solamente. Hay traidores. En esa mentalidad, la política se conecta con la venganza, la retribución y la restitución que esperan muchos opositores al gobierno de Fidel Castro. Esto explica también por qué los funcionarios del régimen recurren a una represión descarnada para impedir tales resultados. Intransigencia, miedo y parálisis son las consecuencias de la expectativa de que el futuro de Cuba no sea más que un reflejo de su pasado.

¿Existe algo así como una «píldora de la mañana siguiente» para Cuba después de Fidel? Para los funcionarios cubanos, la respuesta es sí. El general Raúl Castro abortará el cataclismo. El hermano menor de Fidel es el primer vicepresidente del gobierno, el segundo secretario del Partido Comunista y el ministro de la Defensa. Raúl fue el cerebro organizador en las victorias de Cuba en las tres gue-

por prestar mayor atención que su hermano a la organización y el desarrollo del partido, y al papel del partido en la sociedad. Los funcionarios esperan que Raúl Castro sea el coreógrafo de la sucesión de su hermano, sin transformar realmente el régimen político.

Sólo un compromiso cada vez más firme contra la violencia, dentro de la creciente oposición interna en Cuba, podría proteger el futuro del país del fantasma de su pasado. Los líderes se preocupan por la creación de organizaciones efectivas, el uso de la información como instrumento de poder y el fomento de la movilización política dentro del marco de las leyes. Por ejemplo, en 2002, el llamado Proyecto Varela recogió unas 11.000 firmas para solicitar a la

La violencia alimenta la hipótesis dominante en la política cubana. Ese estilo es evidente tanto entre funcionarios de alto rango de La Habana como entre algunos líderes (elegidos y autonombrados) cubano-estadounidenses de Miami.

rras que emprendió durante los años setenta y ochenta en Angola y el Cuerno de África. Los líderes militares cubanos dan el mérito a Fidel, por supuesto, pero también a Raúl por ayudarlos a lograr lo que no pudo hacer Estados Unidos en Vietnam ni la Unión Soviética en Afganistán: los soldados cubanos ganaron las guerras en que participaron. Raúl Castro es respetado también dentro del liderazgo del Partido Comunista

Asamblea Nacional de Cuba la enmienda de la constitución y otras leyes fundamentales. Era la primera vez, en más de cuatro décadas, que la oposición había movilizado pacíficamente tantas personas dentro de las normas establecidas. Los grupos de oposición han estado también más inclinados a formar alianzas locales e internacionales. Las organizaciones de derechos humanos se han labrado una reputación de credibili-

dad. La sociedad civil cubana ha adquirido autonomía. Los líderes de las entidades más grandes y mejor organizadas —los obispos católicos— han ganado más experiencia atendiendo los grandes problemas que enfrentan los cubanos.

El conflicto entre el gobierno y la oposición se profundizaría si, después de Fidel, a los cubanos se les presenta simplemente la sucesión sin una verdadera transición hacia un nuevo régimen. Pero tal conflicto podría ser más pacífico y mejor manejado —aunque a un ritmo más lento— que los ocurridos en los anteriores cambios de régimen en Cuba. Un acuerdo tácito entre un gobierno conducido por Raúl Castro y la oposición podría generar mayor apertura económica. Actuando como un ministro de Defensa innovador, Raúl Castro autorizó «mejores prácticas de negocios» en las empresas manejadas por los militares. Diseñó un satisfactorio esquema de retiro para los militares que dirigían y trabajaban en muchas empresas exitosas «cuasiprivadas» (todavía de propiedad estatal), especialmente en el sector turístico. Así, logró reducir las fuerzas armadas, recortar el gasto militar, reforzar la lealtad de los militares a la autoridad establecida y facilitar la transición hacia un nuevo régimen. Por su parte, la oposición cubana ha abogado por mayor libertad (incluyendo la apertura a una economía de mercado), con la esperanza de que tales cambios condujeran a libertades más amplias. La sociedad civil cubana necesita, después de todo, un financiamiento no estatal más confiable que las remesas de los cubano-estadounidenses.

El resultado postransición (como en los regímenes comunistas de China y Vietnam, que están abriéndose al mercado) podría ser inestable en Cuba, por tres razones. En primer lugar, Raúl Castro, aunque talentoso políticamente, carece de la habilidad de su hermano para lograr un am-

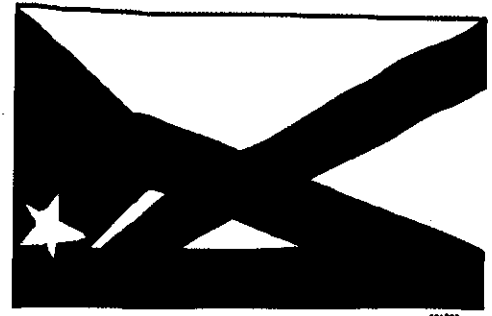
plio apoyo público; aparte de que ya tiene más de setenta años. En segundo lugar, la oposición interna y las fuerzas de la sociedad civil exigirán una transición más completa: el simple «economicismo de mercado» no moverá sus corazones. Y en tercer lugar, la comunidad internacional será más activa en la búsqueda de cambios más amplios y profundos.

La ley Helms-Burton de 1996 autorizó al gobierno de Estados Unidos a intervenir en los asuntos internos de Cuba para proteger los derechos de propiedad. Además, algunos cubano-estadounidenses reclaman enérgicamente sus propiedades. El gobierno de Estados Unidos y las élites cubano-estadounidenses enfrentarán un dilema entre la reafirmación de estos objetivos y la consolidación de una transición democrática y pacífica con amplio apoyo popular en

El futuro de Cuba puede ser tan mortífero como su pasado, aun en nombre de la nación, la libertad y la justicia.

la isla. Si no actúan con cautela, pueden provocar una reacción alérgica entre los cubanos que tienen tanta aversión a los bravucones foráneos como a los locales.

Lo que ocurra después de Fidel será definido más por los acontecimientos en Cuba que por las influencias externas. Si Raúl Castro se convierte en presidente, aun durante un corto período, surgirán muchas preguntas difíciles. ¿Eliminaría su gobierno las restricciones a la libre producción y las decisiones de mercado en las cooperativas semiprivadas de campesinos? ¿Permitiría el desarrollo de empresas pequeñas y medianas con propietarios cubanos? ¿Dejaría que las empresas extranjeras que operan en Cuba contrataran su personal y autorizaran sindicatos? ¿Privatizaría por completo algunas



empresas estatales, vendiéndolas a extranjeros, o emprendería una privatización «interna»? ¿Adoptaría reformas políticas moderadas viables dentro del marco legal existente? Por ejemplo, ¿permitiría hacer campaña a los candidatos municipales y permitiría elecciones con múltiples candidatos para la Asamblea Nacional?

Las respuestas podrían facilitar una transición lenta pero crecientemente acelerada, que coincida quizá con la desaparición de Raúl Castro, o desatar el fantasma del pasado cubano. El centenario himno nacional de Cuba enseña a los cubanos que «morir por la patria es vivir». El futuro de Cuba puede ser tan mortífero como su pasado, aun en nombre de la nación, la libertad y la justicia. Ojalá que la memoria de esa historia brutal promueva un mejor panorama para la tolerancia y el compromiso.

Jorge Domínguez / Profesor de relaciones internacionales en la Universidad Harvard.

El artículo original apareció en el número 139 de *Foreign Policy* (noviembre-diciembre de 2003) • Traducido y publicado con permiso de *Foreign Policy* (FP). www.foreingpolicy.com © Fundación Carnegie para la Paz Internacional, Washington, DC, Estados Unidos de América. Traducción: José Malavé.